# ROMÁN IGLESIAS GONZÁLEZ
## *IN MEMORIAM*

María del Refugio GONZÁLEZ

El 26 de febrero de 1999 falleció repentinamente en la ciudad de México el profesor Román Iglesias, romanista e historiador del derecho, miembro del Consejo Editorial de este *Anuario Mexicano de Historia del Derecho*, por lo cual hemos querido publicar estas reflexiones personales de una buena amiga suya, la doctora María del Refugio González, quien también es parte de dicho Consejo. Por ello, a continuación, damos entrada a sus palabras.

Conocí a Román Iglesias hace muchos años, en el Seminario de Derecho Romano e Historia del Derecho de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, al final de una mañana en que yo había estado trabajando en la biblioteca. Iba a recoger a Marta, su esposa, colega y compañera de sueños, proyectos y realidades. Ella no estaba, había salido a dejar alguna cosa a otro de los seminarios, creo que al de Civil, y Román se sentó en el cubículo que tenía Beatriz Bernal al que yo entré para avisar que había terminado mi trabajo y me disponía a retirarme.

—Quédate un rato, me dijo Betty. Es Román, el esposo de Marta, no sé si lo conocías.

—No, afirmé y me senté, no me acuerdo dónde porque aquellos cubículos no disponían de un mobiliario adecuado para recibir visitas.

Me sorprendieron su amabilidad, y su alegría, quizá sería mejor decir, su vitalidad. En unos cuantos minutos nos envolvió a Betty y a mí en historias que narraba con vehemencia, y aunque no puedo recordar de qué habló, estoy segura de haber oído esa mañana cosas importantes. Por lo menos, por la atención que poníamos ambas y el deleite que mostramos con lo que decía, esa sensación me quedó.

Al poco rato llegó Marta, y partieron rápidamente; luego pude apreciar que no era la forma usual en que abandonaban una reunión.

A partir de esa mañana lo vi en numerosísimas ocasiones. En el Seminario, en los pasillos de la Facultad o del Instituto de Investigaciones Jurídicas, ambos de la UNAM, en comisiones de diverso tipo, en coloquios, en su casa. Varias veces acudí a congresos con Marta y Román, el más reciente en Toledo, en octubre de 1998. De ese viaje lo que puedo recordar es lo agradable que resultó ya que combinamos, como suele hacerse en esos casos, los compromisos académicos con los intereses culturales y sociales.

Discutí con él los más variados temas, compartí horas de alegría, de enojo o de zozobra según se tratara del lugar y el motivo que nos convocara. Con Román uno podía pasar del derecho romano al Barbero de Sevilla, sin notar el tránsito de épocas y materias. Nos prestábamos libros. Por él conocí autores no jurídicos que todavía se encuentran en mis listas de favoritos. Creo que también se benefició de mi afición a la literatura y disfrutó alguna lectura que le recomendé. Era un gran aficionado al arte, a la música, a las letras, al cine, y aunque parezca que con eso se puede llenar el día entero, a Román le alcanzaba el tiempo para acudir puntualmente a diversas clases que impartía y escribir libros, algunos solo, otros en coautoría con Marta. También con ella escribió ponencias, acudió a congresos y a todos los eventos académicos y culturales imaginables.

Tratar de condensar en unas cuantas ideas lo que alguien significó a lo largo de décadas en la propia vida no es fácil, pero obligada como estoy a reducirme al breve espacio que exige una nota necrológica como la presente, quiero transmitir a quienes no lo conocieron de cerca, la sensación de tranquilidad que podía imbuir Román, en este caso, a Marta y a mí cuando discutíamos agobiadas una y mil veces los problemas universitarios, las huelgas, los conflictos y los numerosos tropiezos que constituyen la vida de cualquiera que haya pasado casi tres décadas en nuestra compleja casa de estudios. Con frecuencia ambas nos hallábamos, al lado de una taza de café, analizando acaloradamente las bondades o maldades que se derivaban de alguna medida tomada por las autoridades locales o centrales de la Universidad y Román se burlaba de nosotras esquematizando y desacralizando el asunto hasta hacerlo perder toda su gravedad. Más de una vez nos señaló la pérdida de tiempo que implicaba argumentar una y mil veces hechos y fenómenos que se repetían con puntualidad sorprendente. Ya fuera porque el director decía algo con lo

que no estábamos de acuerdo, ya porque los alumnos cada año eran peores, ya porque algún libro llevaba meses o años en prensa y a nosotras esos hechos nos producían pesar, enojo, incluso furia. La respuesta era la misma:

—Las dejo con sus preocupaciones, yo me voy. Al cine, a leer un libro o a comprar algún disco o lo que fuera. Espero encontrarlas más tranquilas a mi regreso.

Más de una vez el resultado era el cambio de tema, y con ello volvíamos a centrarnos en asuntos de mayor importancia. Para él resultaba sorprendente la capacidad que teníamos, las tres, Marta, Betty y yo, para volver tantas veces sobre el mismo asunto, que a nosotras nos parecía, cada vez, inédito: los mil problemas en que se halla siempre inmersa la Universidad.

A pesar de esta aparente despreocupación, Román era un hombre de pasiones. De manera especial recuerdo la forma en que defendía sus convicciones, profesionales o académicas, cuando compartimos alguna comisión para la elaboración de un plan de estudios, por ejemplo. Entonces sí, el Román reposado, reflexivo, sereno, e incluso burlón se convertía en un muro por el que no podían atravesar las ideas que consideraba absurdas o estúpidas. A Román le gustaba la discusión entre sus pares. En ese aspecto era completamente intransigente. La falta de información, los juicios equivocados, las apreciaciones superficiales le parecían intolerables y así se lo hacía saber a su interlocutor.

—Es su sangre española, me dijo más de una vez Beatriz cuando le narraba las abruptas reacciones de Román frente a tales hechos. Tú que eres mexicana no lo puedes entender, agregaba mi amiga, pero mi sangre cubana me permite compartir con Román esa pasión que tú y Marta no tienen.

La cuestión de las nacionalidades no me parecía argumento suficiente, pero en general me conformaba con la explicación porque los del altiplano tenemos modos menos directos de decir las cosas. Siempre estamos dándole vueltas al no rotundo y al juicio contundente. Román no tenía pelos en la lengua, como se dice en el lenguaje coloquial. Decía lo que pensaba y al que le gustara bien, y al que no, ni modo.

Este lado de Román no excluyó nunca al otro, al que me referí primero. Al amigo solidario, al profesor responsable, al investigador puntilloso. Quizá eran dos caras de la misma moneda: la rectitud, que en

un momento dado puede llevar a la intransigencia, en el buen sentido de la palabra. Intransigencia frente al simulador, frente al desobligado, frente al incumplimiento de las obligaciones profesionales y personales.

No recuerdo haberlo oído quejarse, en el sentido que lo hacíamos nosotras. Daba por supuesto que el mundo era suficientemente complicado de suyo para hacerlo más complejo todavía. Quizá por eso trataba de llevar la vida en forma amable. Disfrutaba los pequeños placeres: oír música, especialmente óperas, aunque cualquier género hacía sus delicias; leer una buena novela, sembrar plantas en la casa en que pensaba retirarse a su jubilación. Cuidaba los pequeños detalles, el postre de una comida preparada por alguno de los dos, el vino que habría de acompañarla, el aperitivo con que debíamos empezar a disfrutar la charla y la comida. Su casa, la de la calle de Uxmal y más recientemente la de Chimal mostraba los intereses y el placer por la belleza que embargaban el espíritu de Román. Todo merecía especial atención de su parte. Cada esquina, cada sillón o cada cuadro estaban puestos o acompañados para disfrutar y estar a gusto.

Con especial cariño recuerdo las atenciones y el afecto que volcó sobre mí después de la muerte de Roberto, mi compañero de muchos años. No hubo nunca necesidad de pedirle apoyo, él sentía la necesidad y estaba dispuesto a satisfacerla en forma generosa por teléfono; recogiéndome con Marta para que acudiéramos los tres a alguna reunión o conferencia y no tuviera que regresar sola; en forma continua sentía la solidaridad de Román. La de Marta la doy por descontada, pero ella ha sido siempre mi amiga, y para mí Román fue el esposo de mi amiga Marta. Esto me lo he preguntado en numerosas ocasiones desde el día que ya no está entre nosotros. Fue realmente para mí sólo el esposo de Marta o su amistad llegó a conformar una entidad separada. No lo sé. Para todos nosotros Marta y Román eran una unidad; una unidad académica, una unidad afectiva, una unidad armoniosa que en tiempos tormentosos significaba siempre un puerto de abrigo.

No quiero decir con esto que pensaran igual. Diferencias había y hubo hasta el final, pero ninguna tan grande que rompiera la unidad que constituían frente al resto de sus amigos y compañeros.

Hoy Román ya no nos acompaña físicamente. Pero es claro que no se ha ido. Están allí sus enseñanzas, sus opiniones, sus muestras de cariño y solidaridad, su gusto por la vida que constituyen no un ejemplo, decirlo

así equivale a minimizar el significado de su presencia entre nosotros. Más bien pensaría en una forma de permanencia.

Cuando uno vive tanto tiempo cerca de alguien, sus características llegan a formar parte de nosotros.

Esta vez no lo escucho directamente, pero sé lo que estaría diciéndonos a todos nosotros. No sé si era lucidez, frialdad o simplemente una dosis más alta de sentido común que la que por ejemplo, yo poseo, pero sus apreciaciones terminaban por convertirse en realidad. Describía la realidad antes de que se produjera. Habrá sido su sangre española, quizá diría nuevamente Betty. Yo he llegado a pensar que el asunto no tiene nada que ver con la sangre que corre por las venas de cada quien y más bien tengo la convicción que eran su buen juicio y sobre todo su honestidad para juzgar situaciones los que le permitían ver con mayor claridad hechos que a veces se nos confunden porque hemos tomado partido de antemano.

No sentí que debía escribir esta vez del Román maestro, que lo fue y muy querido por sus alumnos; tampoco del investigador, cuyos libros están a disposición de todos nosotros. Por ello quise compartir en estas líneas al Román que nos acompañó tantos años en las buenas y en las malas. Estoy segura que la mayor parte de los compañeros y amigos de Román comparten la visión que he expuesto.

Lo extrañamos sin duda, es más, lo vamos a seguir extrañando; pero quedan sus libros, la memoria de sus alumnos, la de sus compañeros y la de Marta entre nosotros para que podamos acudir a él, cada vez que nos haga falta. No sería fácil afirmar lo anterior sobre todos aquellos con los que compartimos un trecho, largo o corto de la vida. En el caso de Román es lo que creo que debía decir.